

El aula: mi lugar en el mundo

Montserrat del Carmen Medrano Ruiz*

Mi historia comienza en un rincón discreto, casi susurrado entre árboles y caminos que conducen a ciudades más grandes, esas que, con su prisa y su brillo, parecían opacar la esencia de mi origen. Sin embargo, quien se detiene lo suficiente descubre que ahí, en ese lugar llamado Jaral del Progreso, Guanajuato, habita una riqueza distinta: la de las tradiciones, la de los sabores que cuentan historias, como el dulce artesanal y la entrañable fruta de horno, que guardan en cada bocado la memoria de generaciones.

Provengo de una familia pequeña, pero profundamente significativa. Mis padres, ambos docentes, han sido el pilar de lo que soy. Mi madre, maestra de primaria y mi padre, formado también en la docencia a nivel secundaria, aunque hoy no la ejerza, sembraron en mí —y en mi hermano menor, con quien comparto apenas un año de diferencia— una vocación que no se aprende en los libros, sino que se hereda en el ejemplo cotidiano. La docencia, en mi familia, no es sólo una profesión: es una forma de mirar el mundo.

Si hay una figura que ha marcado profundamente mi camino, es mi madre. Su compromiso incansable, su disciplina y su deseo constante de superación la han llevado a destacar hasta convertirse en directora. Pero, más allá de sus logros profesionales, ha sido su calidad humana y su entrega lo que la ha convertido en mi mayor referente. En ella aprendí que enseñar no es sólo transmitir conocimientos, sino tocar vidas.

Antes de llegar a mi trayectoria profesional, hubo una historia que comenzó mucho antes de que yo pudiera comprenderla. Mis padres recuerdan con emoción el día en que supieron que yo venía en camino; una noticia que llenó su vida de ilusión y sentido. Mi llegada no fue sencilla: mis primeros meses estuvieron marcados por noches largas y llanto constante, un reto que ellos enfrentaron con paciencia y amor. Pero la calma no tardó en transformarse en una nueva aventura, pues poco tiempo después nació mi hermano. Si por separado éramos

un desafío, juntos nos convertimos en un torbellino de energía que redefinió la dinámica familiar.

La infancia estuvo acompañada de cambios constantes. Nos mudábamos con frecuencia, y aunque para mi hermano cada nuevo lugar era una oportunidad emocionante, para mí representaba un desafío emocional. Me costaba adaptarme, encontrar mi lugar, sentirme parte de algo. Esa dificultad para socializar dejó huellas que, de alguna forma, aún me acompañan, pero también me han permitido desarrollar una sensibilidad especial hacia quienes se sienten fuera de lugar.

Con el paso del tiempo, una nueva ilusión comenzó a tomar forma en mi interior: la medicina. Durante un periodo creí que ese sería mi camino. Sin embargo, la vida, con su sabiduría a veces incomprensible, me mostró otra dirección. No logré obtener un lugar en mi intento de ingreso en Morelia, en parte por las limitaciones que implica ser foránea. Curiosamente, mi hermano vivió una experiencia similar; como si, de alguna manera, nuestras historias siguieran un mismo compás.

Lejos de rendirme, encontré en esa experiencia una oportunidad para replantear mi rumbo. Fue entonces cuando la docencia, esa semilla sembrada desde la infancia, floreció con fuerza. Decidí intentar ingresar a la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato. La primera vez, mi hermano logró ser aceptado, mientras que yo tuve que enfrentar la frustración de no conseguirlo. Sin embargo, ese momento no me definió; al contrario, despertó en mí una determinación más firme. Me preparé con disciplina y esperanza, y al año siguiente logré ingresar, cumpliendo así uno de los anhelos más significativos de mi vida.

Mi formación fue un proceso transformador. Entre más aprendía, más sentido encontraba en estar frente a un grupo. Aquella barrera que durante años me dificultó socializar comenzó a desvanecerse. Poco a poco, el aula se convirtió en ese espacio donde no sólo encajaba, sino donde podía ser yo misma y, al mismo tiempo, contribuir a que otros encontraran su lugar. Comprendí que ser docente va más allá de enseñar contenidos: implica crear un ambiente seguro, un segundo hogar donde los niños puedan aprender a su ritmo, desde su propia esencia, sintiéndose valorados y felices.

Hoy, en mi primer año de interinato, regreso a mi lugar de origen con una mirada distinta. Cada día representa un reto, una oportunidad de aprender y de reafirmar mi vocación. En medio de las exigencias y responsabilidades, he descubierto que el mayor desafío no es académico, sino humano: comprender, acompañar y no perder de vista la empatía que da sentido a nuestra labor.

No sé con certeza qué caminos me depara el futuro, pero sí tengo la convicción profunda de aquello que da sentido a mi presente. Cada día frente al aula reafirma mi elección, no como una decisión pasajera, sino como un compromiso que se construye y se renueva en cada mirada, en cada pregunta y en cada logro de mis alumnos. En ellos encuentro una razón constante para avanzar, una chispa de alegría que transforma incluso los días más ordinarios en experiencias profundamente significativas.

Ser testigo de sus aprendizajes, tanto de aquellos que se evidencian en lo académico como de los que se reflejan en su crecimiento personal, me permite comprender la magnitud de mi labor. Cada pequeño avance —una palabra leída con seguridad, un problema resuelto con esfuerzo, un gesto de compañerismo sincero— representa una victoria compartida. En esos momentos descubro que no sólo estoy enseñando, sino que formo parte de algo más grande: la construcción de vidas, de sueños y de futuros posibles.

Mi mayor aspiración no se limita a la adquisición de conocimientos, sino a la formación integral de seres humanos. Aspiro a que cada alumno encuentre su voz, reconozca su valor y aprenda a ser auténtico en un mundo que constantemente exige adaptación. Deseo que en el aula descubran un espacio donde se fomente el respeto, la justicia y la empatía; donde aprendan a convivir, a comprender al otro y a construir relaciones basadas en la dignidad y la solidaridad. Más allá de los contenidos, anhelo que se lleven herramientas para la vida: principios, valores y una mirada esperanzadora hacia su entorno.

Porque al final, enseñar trasciende la transmisión de saberes. Enseñar es un acto profundamente humano, es sembrar semillas que tal vez florezcan mucho tiempo después, es confiar en el potencial de cada niño incluso cuando ellos mismos aún no lo reconocen. Es, tam-

bién, un proceso recíproco: mientras dejo una huella en ellos, ellos, sin saberlo, transforman mi manera de entender la vida, la vocación y el sentido de servir a los demás. En ese intercambio silencioso y genuino, encuentro la verdadera esencia de ser docente.

*Licenciada en Educación Primaria. Docente en la Primaria Urbana Estatal núm.1 “Fulgencio Vargas” en Guanajuato, Gto. mc_medranor@bcenog.edu.mx